

## Galo Gómez

Cuando era pequeña, al llegar las vacaciones de verano... ¡Qué ilusión, nos vamos al pueblo! No veíamos la hora para emprender el viaje, ¿cuándo nos vamos; y cuándo nos vamos? Todo eso, claro, después de una noche en vela, contando las horas para marcharnos; y todavía sin irnos, pero ¿¿¿¿cuándo nos vamos????... qué ganas de llegar. Con qué ilusión vives las cosas cuando eres niño.

El pasado cinco de Diciembre nuestro viaje iba cargado con menos ilusión y más tristeza.

Galo nos había dejado y, con el corazón desgarrado, regresábamos a nuestra Masegosa... a casa, ¿porque dónde va uno a descansar mejor si no es su propia tierra? Y es que como en casa no se está en ninguna parte; máxime cuando te unen a tu pequeño pueblo miles de aventuras y desventuras en momentos duros, de pesadas jornadas de trabajo con gran escasez de medios; y también, cómo no, de todos los buenos momentos vividos allí.

Previamente, durante la estancia de mi padre en el hospital, muchos llamaron interesándose por su salud (a todos ellos muchísimas gracias)... pero el destino está escrito y el final se aproximaba.

Cuando llegó el momento... ¡menudo golpe! Aunque éramos conocedores de la situación, encararlo es muy complicado. Cuatro de Diciembre, siempre lo recordaremos.

En Valencia muchos familiares y vecinos acudieron al tanatorio a consolarnos y aportarnos un poquito de calor para aliviar nuestra pena. Gracias de corazón por arroparnos en estos momentos.

Es curioso, pero la burocracia te complica la vida incluso hasta en el mismo momento de la muerte. ¡Qué contradicción! Hasta que el papeleo no termina no puede principiar el viaje, el que sin duda ha sido el más complicado de todos.

Avisamos al párroco y al pueblo que llegaríamos sobre las dos de la tarde, antes imposible por el papeleo. Allí estarían con todo listo, «pero las campanas no podrían doblar por la muerte de Galo, dado el estado del campanario», nos dijeron.

«No importa, mi padre siempre ha sido un hombre sencillo, y su despedida queremos que sea del mismo modo», dijimos.

Salimos de Valencia, rotos de dolor, un manantial de lágrimas en los ojos y un intenso dolor... Un viaje que nadie quiere hacer, pero es ley de vida.

Había nevado bastante, hacía «muchísimo» frío y llovía. Pese a ello, cuando llegamos... el pórtico de la iglesia estaba repleto de familiares y vecinos de Masegosa y pueblos de alrededor esperando a Galo y a su familia para despedirle y darnos su apoyo y sus condolencias. Todavía hoy me asombro de todos los que ahí estabais para brindarnos vuestro calor.

Y entonces... las campanas doblaron. Toques de muerte, pero, no obstante, con un gran significado para mi familia, porque nuestra Masegosa, al saber de la muerte de mi padre el día anterior, hizo todo lo posible y lo imposible para «arreglar» nuestro campanario.

Entramos a la iglesia para principiar la ceremonia y... allí no cabía un alfiler; además de todos los que ya estaban en el exterior. No se puede pedir más, y no hay palabras suficientes para agradeceros vuestro cariño hacia mi padre, mi madre y nosotros. Gracias también a nuestro párroco José Antonio, que está haciendo una gran labor por nuestra iglesia.

Terminada la ceremonia, y al dirigirnos al cementerio (uno de los momentos más difíciles)





el camino estaba despejado de nieve, una nieve de varios centímetros de grosor, por cierto. Seré muy cansina, pero millones de gracias también a quienes sudaron la gota gorda para despejar la carretera.

Y, de nuevo, gracias a quienes dispusieron que mi padre descansase «al sol», como él siempre quiso. El entierro... una pesadilla; el adiós duele en el alma.

En esos momentos tan difíciles, no sólo nos alimentasteis el espíritu, si no también el estómago, porque al llegar a casa nos esperaban unas buenas habichuelas, chorizos,... ¡menudo manjar! La pena fué no tener hambre para degustarlo. Muchísimas gracias a Mansiegona por vuestra labor; por aplazar el programa de festejos previsto ese día con motivo de la matanza y, sobre todo, por cuidarnos.

Todos estos pequeños detalles son GRANDES (con mayúsculas) para Galo, Bienvenida y toda su familia. Nunca los olvidaremos, han quedado grabados a fuego en nuestros corazones.

Ahora comprendo, más si cabe, por qué mis padres están orgullosos de su pueblo, de su Masegosa. Dicen que quien tiene un pueblo tiene un tesoro: entonces nosotros tenemos un tesoro, y con orgullo, cuando nos preguntan de dónde somos, decimos «DE MASEGOSA».

Millones de gracias de corazón a tod@s por aliviarnos en la pena y el dolor. Y si nos necesitáis alguna vez... allí estaremos.

En nombre de Galo, Bienvenida y familia Gómez Mayordomo.

Firmado: M<sup>a</sup> Jesús Gómez Mayordomo.